

PUBLICIDAD

Construyendo el partido de la izquierda en el Reino Unido: entrevista a Andrew Murray (2)

Conversamos con Andrew Murray, dirigente político y sindical, periodista y escritor británico sobre la refundación del campo político de la izquierda en el Reino Unido



Andrew Murray - Weekly Worker



Oliver Eagleton X

El número de personas que se han inscrito en el nuevo partido de izquierda británico ha superado las 650.000, una cifra que eclipsa la afiliación de cualquier otra formación presente en Westminster. En estos momentos se están desarrollando los trabajos preliminares para proceder a la organización de su conferencia fundacional, que probablemente se celebrará en noviembre y durante la cual los inscritos e inscritas decidirán su programa inicial y elaborarán algunas de sus estructuras democráticas. Como parte del debate en curso sobre estas cuestiones, Sidecar ha publicado recientemente una entrevista con James Schneider, exdirector de comunicación del Partido Laborista de Corbyn, en la que este ha expuesto sus argumentos a favor de una organización, que evite las trampas electoralistas de la década de 2010 para conseguir lo cual esta debería radicarse principalmente fuera de Westminster y esforzarse en construir diferentes formas de poder popular.

Para nuestra próxima entrega de la serie, nos dirigimos a Andrew Murray. Nacido en 1958, Murray se unió al Morning Star como periodista parlamentario a la edad de diecinueve años. En la década de 1980 se incorporó al movimiento obrero,

desempeñando un papel clave en la fundación de Unite, uno de los sindicatos más grandes del país, y más tarde ocupando el cargo de jefe de gabinete del mismo. Durante la década de 2000 fue nombrado miembro del comité ejecutivo del Partido Comunista de Gran Bretaña y cofundó la Stop the War Coalition, creada para oponerse a las invasiones de Iraq y Afganistán. Murray, uno de los primeros partidarios del liderazgo de Corbyn, fue cedido por Unite para ayudar en la campaña de las elecciones generales de 2017, antes de incorporarse a su equipo como asesor político especial. También es autor de numerosos libros sobre la política británica entre los que se cuentan su devastadora denuncia de la privatización de los ferrocarriles británicos, Off the Rails (2002), su examen de los procesos estructurales, que generaron el proyecto de Corbyn, The Fall and Rise of the British Left (2019) y su análisis de las lecciones políticas, que pueden extraerse de esa experiencia, Is Socialism Possible in Britain? (2022).

Hablamos con Oliver Eagleton sobre la política del partido naciente, sobre sus prioridades en esta fase inicial, sobre los debates en torno a su liderazgo y sobre la actitud, que este debe cultivar hacia los movimientos sociales y las instituciones de la clase trabajadora.

¿Por qué crees que existe una oportunidad política para la creación de este nuevo partido? ¿Qué factores se hallan presentes en la situación actual de Gran Bretaña, que le conceden posibilidades de éxito?

Se podría decir que la oportunidad política actual fue creada por la crisis de 2008. Desde entonces, la clase dirigente ha sido incapaz de mantener el modelo económico neoliberal de una manera que satisfaga las aspiraciones de la gente y tampoco ha estado dispuesta a sustituirlo por un marco diferente. Esto significa que la política británica ha estado más o menos en punto muerto durante este periodo. El liderazgo de Corbyn en el Partido Laborista amplió la ventana de Overton de lo ideológicamente aceptable, alejándola de los estrechos parámetros del thatcherismo y el blairismo, lo cual propició que la idea de la socialdemocracia radical, que había quedado completamente marginada desde el final de la posguerra en la década de 1970, volviera a ser mayoritaria, posición que se había fortalecido por los movimientos de masas contra la guerra y la austeridad, lo cuales habían generado una enorme energía política.

Si Diario Red puede publicar lo que casi nadie más se atreve, con una línea editorial de izquierdas y todo el rigor periodístico, es gracias al apoyo de nuestros socios y socias.

Apoyar ahora

A partir de 2020 el Partido Laborista de Starmer intentó cerrar esta ventana de oportunidad de forma concertada. Pero no intentó cerrarla ganando el debate. En su lugar, se limitó a recurrir a la coacción: suspendió a diputados, expulsó a Corbyn del partido, negó a las secciones locales el derecho a elegir a sus candidatos y, más tarde, adoptó el mismo enfoque autoritario con la sociedad en general, con la represión extraordinariamente dura contra la solidaridad con Palestina. Como podemos ver por la respuesta al anuncio del nuevo partido, con más de medio millón de personas que ya se han inscrito como simpatizantes, la estrategia de Starmer ha fracasado. Las fuerzas movilizadas por el liderazgo de Corbyn, y potenciadas por el movimiento en torno a Gaza, siguen

presentes, siguen activas y buscan alguna forma de expresión política en un contexto en el que tanto los laboristas como los conservadores se han negado a abordar los problemas subyacentes surgidos de la crisis financiera mundial.

¿Cómo puede el partido proporcionar ese tipo de expresión política?

Bueno, esa es la pregunta principal. Los debates sobre la estructura de la organización (federal, coalicionista, central) o incluso su liderazgo (único, conjunto, colectivo) son secundarios respecto a su posicionamiento político. El nuevo partido debe ser absoluta y claramente anticapitalista y antiimperialista. Debe considerarse a sí mismo como creador del espacio para una transición al socialismo. Quizá puedan darse por sentadas algunas partes de su perfil político: sin duda, su posición sobre Gaza y su oposición a la austeridad. Pero, en mi opinión, debe ir más allá, generalizando a partir de estas dos cuestiones urgentes y ofreciendo una alternativa sistémica.

Esto es, en términos generales, lo que quieren los partidarios del partido. También es lo que anhelan millones de personas en todo el país, incluidas muchas de las que se inclinan por

Reform. En el panorama político actual, tenemos un centrismo en proceso de desintegración representado por Starmer y, antes que él, por Rishi Sunak, que adopta un planteamiento gerencial ante los colosales problemas que se han acumulado desde 2008, y luego contamos con la pseudooposición de derecha, descrita acertadamente por Martin Wolf desde el *Financial Times* como «populismo plutocrático», que recurre a todo tipo de demagogia, incluso haciéndose pasar por adalid de la clase trabajadora, cuando en realidad es el proyecto de los millonarios thatcheristas. Dada esta polarización actual, la izquierda tiene una oportunidad única para redefinir las líneas divisorias: situar al centro y a la extrema derecha en un lado y a sí misma en el otro. Las cuestiones que puede utilizar para conseguirlo están claras: oposición a la austeridad, oposición a los niveles medievales de desigualdad social y oposición a la guerra. Nuestro lema en la Coalición Stop the War es «Welfare not Warfare» [Políticas sociales, no políticas de guerra]. El del gobierno británico actual bien podría ser «Make the Poor Pay For War» [Que los pobres paguen la guerra]. En estos momentos, Starmer se está embarcando en un importante aumento del gasto militar, al tiempo que recorta el gasto social, y lo hace en sintonía con los plutopopulistas, que ni siquiera fingen tener las mismas inclinaciones no

intervencionistas que los nacionalpopulistas de Trump en Estados Unidos.

Así que, sin duda, hay un espacio político que ocupar. El liderazgo de Corbyn lo ocupó entre 2015 y 2019, pero estaba atado al Partido Laborista, que ya tenía una posición arraigada en el *statu quo* británico y que muchos de sus parlamentarios y de sus funcionarios estaban decididos a defender. El nuevo partido se encuentra en una situación muy diferente. No estará lastrado por estos problemas; será una fuerza novedosa y galvanizadora. Pero al mismo tiempo no tendrá la fuerza otorgada por formar parte del tejido político británico durante ciento veinte años, ni las raíces históricas y las bases de poder que, aunque se han atrofiado enormemente en el Partido Laborista, no han desaparecido por completo.

Extendámonos sobre lo que significaría para el partido articular una alternativa sistémica, especialmente en lo que se refiere a la economía británica. El liderazgo de Corbyn intentó establecer distinciones entre el capital productivo y el capital depredador con la esperanza de empoderar al primero a expensas del segundo: enfrentando la industria verde a las grandes finanzas, etcétera. Pero, en algunos aspectos, ello era más una extensión radical del tibio

programa nacional de Ed Miliband que un programa decididamente socialista. Contenía una crítica estructural del capitalismo británico, otorgando una enorme importancia al desmesurado poder de la City, pero también reflejaba la extraordinaria presión política a la que estaba sometido tu equipo en aquel momento: capitular, acomodarse, suavizar su postura. Dado que el nuevo partido no se enfrentará al mismo tipo de presión dentro de sus filas, ¿crees que le resultará más fácil adoptar posiciones más audaces que las adoptadas por el corbynismo 1.0?

Romper el poder del capital va a ser un reto enorme, por decir lo obvio. Mi opinión era que, si Corbyn hubiera llegado al poder, deberíamos haber avanzado en nuestra agenda a partir de nuestro mandato democrático y luego haber hecho frente a los obstáculos a medida que surgieran, ya fueran planteados por la Cámara de los Lores, por la City de Londres, por los servicios de seguridad o por Washington. John McDonnell fue muy firme como ministro de Hacienda en la sombra; no tengo más que elogios para él sobre cómo desempeñó su papel. Pero no estuve de acuerdo con él, cuando dijo que el Partido Laborista no aplicaría controles de capital, porque afirmar esto te encasilla en la posición de Starmer-Reeves de operar dentro

de las coordenadas establecidas por los mercados. Al no renunciar a los controles de capital, se adopta inmediatamente un planteamiento mucho más conflictivo con el capital y resulta imperativo pensar cómo responder a su resistencia. El hecho es que cualquier movimiento hacia el socialismo en este país tendrá que pasar por un periodo de relativa autarquía y desvinculación del sistema mundial. Durante este periodo, el objetivo debería ser animar a la gente a tomar el control de su propio destino político y económico, aprovechando la bajísima estima en que ya se tiene al parlamentarismo.

Tienes razón cuando dices que el nuevo partido dispone de la oportunidad de forjar este tipo de agenda sin estar sujeto a sabotajes internos. Desde el principio, Corbyn se enfrentó a una intensa oposición por parte de la mayoría de los diputados laboristas, del aparato del partido y de toda una serie de estructuras y procedimientos establecidos que dieron forma a su liderazgo, así como a las fuerzas externas que pretendían socavarlo. Sin embargo, uno de los factores decisivos que condujo al desmoronamiento del proyecto, posiblemente el más decisivo, fue su posición sobre el Brexit. En este caso, la política totalmente incoherente e inútil que el Partido

Laborista acabó asumiendo en 2019 fue impulsada en parte por el *establishment*, pero también por los miembros del partido. Seis años después, el Brexit no va a ser un problema para el nuevo partido; nadie está haciendo campaña para revertirlo. Pero podrían resurgir tensiones internas similares en otras cuestiones y en consecuencia debemos pensar y organizar su gestión. Puede parecer que nos estamos adelantando a los acontecimientos al discutir cómo tomar el poder, cuando, por el momento, esta entidad no tiene nombre, ni líder, ni estructura real. Pero debemos pensar a lo grande y mantener estos debates estratégicos ahora en lugar de esperar a que sea demasiado tarde.

Incluso si este nuevo proyecto se libera de las limitaciones del Partido Laborista, seguirá teniendo que operar dentro de los estrechos límites del Estado británico. Se verá perjudicado por el sistema electoral mayoritario uninominal y por las estructuras políticas altamente centralizadas de Westminster, que ya han sofocado anteriormente los intentos de la izquierda de desarrollar un programa popular e independiente. ¿No debería este nuevo partido, por lo tanto, apuntar explícitamente a estos obstáculos antidemocráticos,

abogando por la reforma electoral y la ruptura de la Unión como elementos clave de su agenda?

Los argumentos a favor de la representación proporcional son cada vez más poderosos a medida que se fragmenta el sistema político. Ahora nos encontramos con una política de cinco partidos en Inglaterra y de seis en Escocia y Gales, por lo que la representación proporcional debería estar claramente en la agenda del próximo Parlamento, y creo que el nuevo partido debería defenderla. Aunque traiga consigo sus propios problemas, son claramente preferibles a mantener el sistema actual. Por otra parte, nada va a cambiar antes de las próximas elecciones, que se celebrarán con el sistema mayoritario uninominal, lo cual condicionará algunas de las decisiones inmediatas, que tendrá que tomar el nuevo partido: dónde puede obtener la mayoría y a qué escaños va a dar prioridad.

La unión del país es un problema más complicado. La mayoría del movimiento obrero, e incluso del Partido Laborista, se ha decantado a favor de la reforma electoral, pero siguen existiendo profundas divisiones entre los trabajadores y los socialistas sobre el futuro del propio Estado multinacional. Por lo tanto, creo que el nuevo partido debe guiarse por sus miembros en Escocia y Gales, que, por supuesto, pueden llegar

a conclusiones diferentes. En 2019, mi opinión era que el Partido Laborista debería haber adoptado la postura de que, si el próximo Parlamento escocés obtenía una mayoría a favor de un nuevo referéndum de independencia, tras la derrota del anterior en 2014, sería un error interponerse en su camino. Esta fue una de las pocas cuestiones en las que creo que tuvimos un déficit democrático, y espero que el nuevo partido lo corrija estableciendo estructuras que permitan tomar una decisión política legítima. Pero creo que eso aún está lejos en este momento.

Has dicho que la política debe ser la primera prioridad, por delante de las cuestiones organizativas. Pero no es necesariamente sencillo elaborar una concepción abstracta de la política que aglutine a todos los grupos dispares de la izquierda, de los diputados independientes a los sindicatos de inquilinos y los partidos socialistas hoy existentes. Dada esta situación fracturada, ¿no es prioritario determinar qué tipo de organización permitiría la cohabitación de estas fuerzas para que luego ellas mismas puedan decidir colectivamente su programa?

Eso es cierto hasta cierto punto. Las políticas solo pueden determinarse en un foro democrático, presumiblemente la

conferencia fundacional, que se celebrará este otoño. Esperamos que eso sitúe al partido sobre una base sólida y determine sus primeras posiciones, o bien una lista exhaustiva de ellas, además de adoptar una constitución inicial. Así que sí, tenemos que empezar por dar algunos pasos estructurales. Tenemos que encontrar la forma de organizar a estas 650.000 personas, presumiblemente sobre una base geográfica, para que puedan aportar su opinión: tal vez un sistema de voto electrónico, tal vez una serie de reuniones más localizadas, o ambas cosas al mismo tiempo. Pero en este momento no necesitamos efectuar la elaboración completa de cómo funcionará exactamente la organización ni cómo abordará todos estos retos inevitables. Por ejemplo, soy de algún modo agnóstico en cuanto a la cuestión de la alianza electoral frente al partido. Una versión flexible de la primera podría no lograr articular una política coherente, mientras que una versión muy centralizada del segundo podría tener dificultades para atraer a fuerzas independientes; necesitamos algo que sea capaz de hacer ambas cosas. Lo que creo que quiere la mayoría de los posibles miembros, así como la ciudadanía en general, es tener una idea clara de la posición del partido. Algunos recordarán el liderazgo laborista de Corbyn y lo verán como un punto de referencia, pero otros

quizá no. Algunos sabrán que el partido es de izquierda, pero quizá no dispongan de un conjunto de asociaciones claras de lo que significa este término. Por lo tanto, debemos establecer nuestra orientación socialista. Habrá un abanico de opiniones, por supuesto, pero pueden incorporarse a este marco antisistémico.

¿Cuál es la base social del nuevo partido? En la mencionada entrevista, James Schneider propuso que las tres categorías no mutuamente excluyentes de los trabajadores con pocos o desprovistos de activos, los graduados en proceso de declive social y las comunidades racializadas podrían constituir una posible mayoría electoral.

No hay duda de que necesitamos una alianza que pueda ganar en Bristol, Birmingham, el este de Londres y Brighton, y que también tenga impacto en Burnley y Barnsley, respetando las diferentes composiciones sociales de esos lugares. Para conseguirlo puede argumentarse a favor de diferentes tipos específicos de estrategias electorales en las que se tiene en cuenta, por ejemplo, el tamaño de la comunidad musulmana en una circunscripción determinada. Pero en lo que respecta a nuestra visión y estrategia política, no estoy realmente de acuerdo con esta desagregación de la clase trabajadora, que a

menudo parece estar a solo unos pasos de hablar de «la mujer de Worcester» y «el hombre del Mondeo», esto es, de los estereotipos asociados al votante medio. No veo el valor de utilizar términos como «trabajadores con pocos o desprovistos de activos», por ejemplo. La característica definitoria de la clase trabajadora es que vive de vender su fuerza de trabajo asalariado; ninguno de sus miembros sobrevive contando únicamente con sus activos. Debemos aspirar a ser un partido de la clase trabajadora y no debemos someternos a la fragmentación política de esta, dividiéndola y compartimentándola sociológicamente de forma permanente.

James presenta una serie de argumentos sólidos en su entrevista, pero en este punto hay una cierta paradoja, porque empieza diciendo que debemos seguir una estrategia de «densidad» electoral en la que llevemos a cabo campañas electorales en lugares donde estos tres grupos son numéricamente predominantes. Pero luego sugiere que ganar las elecciones no debe ser una de las principales prioridades del nuevo partido, dado que su principal preocupación debe ser construir «poder popular» en contraposición al poder parlamentario. No estoy seguro de que concilie del todo estas dos posiciones.

Según lo entiendo, el argumento es que el partido debe ser una palanca para la movilización popular. Es decir, debe fortalecer las instituciones obreras existentes y crear otras nuevas a fin de sentar las bases cívicas para disputar el poder estatal. ¿Qué opinas de este planteamiento general?

Lo que James está diciendo, aunque no utiliza la expresión, es la reconstitución de la clase obrera como clase para sí. No subestimo la importancia fundamental de esto. El *Manifiesto comunista* exhorta a los socialistas a organizar en primer lugar al proletariado como clase y es evidente que esta tarea debe ser puesta a punto de nuevo. Las viejas organizaciones e instituciones, tanto las formales existentes en el seno del movimiento obrero como las informales presentes en el seno de las comunidades, se han desintegrado en los últimos cuarenta años. Revertir esta situación, aunque sea parcialmente, es imprescindible para avanzar hacia el socialismo. Pero otra cuestión es, si se debe sobrecargar al nuevo partido con esta responsabilidad ejecutiva concebida como algo opuesto a la tarea de dotar de un marco y de articular el proyecto del mismo. Mi opinión es que, al articular una política de clase contundente, al llevar ese mensaje a las elecciones, al parlamento, a los medios de comunicación y a la

esfera pública, ya estaremos contribuyendo a ese proceso de reconstitución. Difundiremos la idea de que existe un proyecto de clase coherente que podría rescatar a la sociedad de sus actuales depredaciones, sin el cual la idea de una clase para sí no tiene sentido. Y eso tendrá efectos políticos en cascada.

Las movilizaciones populares no requieren necesariamente el liderazgo de un nuevo partido. El movimiento de Gaza no contaba con un aparato partidista detrás y, sin embargo, ha sacado a cientos de miles de personas a las calles de Londres cada pocas semanas durante un año y medio, además de generar una intensa actividad local. Las movilizaciones de este tipo tienden a desarrollarse de forma orgánica. Si son necesarias, los trabajadores y trabajadoras encontrarán la manera de articularlas. No se puede tener a figuras del partido diciéndoles que se activen, si ellos no sienten esa necesidad. Un potencial resultado no deseado de considerar al partido como un vector de los movimientos sociales es que acabe asumiendo el liderazgo de todo lo que se mueve en la retama progresista, lo cual implica una capacidad que simplemente no tiene. Se acabaría entonces con un leninismo de pacotilla en un partido, que no está ideológicamente preparado para tal empresa.

Por supuesto, los socialistas tienen un papel importante que desempeñar en estos movimientos. Tomemos como ejemplo la Stop the War Coalition: reunimos a organizadores de diferentes tradiciones –comunistas, trotskistas, laboristas– y establecimos una estructura unificada, que ayudó a dar forma y propósito a la resistencia masiva contra la guerra de Iraq. Si no lo hubiéramos hecho, esa resistencia podría haber sido más fragmentada, con diferentes bloques de musulmanes, pacifistas y sindicalistas yendo en direcciones diferentes. Pero lo crucial es que el movimiento habría surgido de todos modos. Siempre iba a surgir de alguna forma, porque la urgencia era lo suficientemente grande. Los socialistas pueden dar forma a las luchas, pero no pueden inventarlas de la nada.

El partido debe actuar como una fuerza de oposición en todos los puntos de intervención política efectiva. No nos equivoquemos, el partido debe mantenerse muy cerca de los movimientos de masas. Mientras Starmer dice a sus diputados «¡No participéis en los piquetes!», nuestro partido debería



Diario Red

Apoyar

🌐 España ▼



América Latina **España** **México** Internacional Editorial Opinión Medios Armas para pensar Cultura Canal Red

de jubilados. No estoy presentando mi punto de vista como opuesto al de James. Pero creo que la traducción de estas múltiples luchas en una única forma de partido sería muy difícil. Y no creo que debamos ver esto como un requisito previo para luchar en las elecciones y promover nuestra política al más alto nivel. Si bien la esperanza es convertir a la clase trabajadora en un actor social mucho más poderoso, también debemos pensar en lo que es posible y factible en esta etapa inicial.

¿Se aplicaría el mismo argumento a los sindicatos o los pondrías en una categoría diferente de la del movimiento palestino, por ejemplo, en lo que respecta a su relación con el nuevo partido?

A corto plazo, no veo a los sindicatos, en tanto que organismos colectivos, manteniendo una relación formal con el nuevo partido. Es evidente que se han afiliado un gran número de sindicalistas, lo que podría tener una influencia positiva en la política del movimiento obrero; y, por supuesto, se debe animar a los miembros del nuevo partido a participar activamente en los sindicatos: de hecho, es probable que uno de los resultados inmediatos de este proceso de fundación sea que personas que actualmente no participan en el

movimiento obrero se involucren en él. Pero la idea de que debamos replicar la antigua y a menudo caricaturizada estrategia del Partido Comunista –reunir a los miembros del partido que pertenecen a un sindicato determinado en una especie de cónclave y ordenarles que sigan una línea concreta– no parece práctica. Más adelante, si el gobierno de Starmer sigue tambaleándose y el nuevo partido se gestiona adecuadamente, es posible que veamos a los sindicatos alejarse del primero y acercarse al segundo. En ese caso, podríamos pensar en los rasgos precisos de esa conexión institucional.

Resulta paradójico que una concepción más movimentista del propósito del partido amenace con derivar en leninismo, ya que ello podría significar la imposición de una dirección centralizada a las diversas luchas populares. Y, a la inversa, una perspectiva más leninista, que pone en primer plano el liderazgo electoral del partido, corre el riesgo de convertirse en movimentista, porque se basa en la idea de que las luchas populares efectivas simplemente surgirán de forma espontánea u «orgánica», por usar tu palabra.

No es que la estrategia de lograr la regeneración de clase a través de una serie de formas organizativas diferentes sea

errónea, pero me cuesta ver que el nuevo partido sea capaz de convertirla en una prioridad efectiva. Recuerdo a McDonnell, Jon Lansman y otros compañeros y compañeras sentados en mi oficina del edificio de Unite en 2015 hablando de cómo querían que **Momentum**, la nueva organización creada para apoyar el liderazgo de Jeremy, fuera un movimiento social. Mi respuesta fue que el papel necesario de Momentum era defender a Jeremy dentro del Partido Laborista. Al final lo hizo con bastante eficacia y tuvo una intervención poderosa en las elecciones de 2017. Nunca se convirtió en un movimiento social, porque ello no era lo políticamente imperativo en aquellas circunstancias. En cuanto al leninismo, requiere un grado mucho mayor de militancia ideológica y unidad desde el principio del que es probable que consigamos con este nuevo partido. Creo que ahora mismo estamos muy lejos del centralismo democrático...

Si hablamos de cómo el partido puede realizar las intervenciones electorales más eficaces, entonces su modelo de liderazgo es importante. ¿Cuál es tu opinión al respecto?

Cualquier debate en esta fase será provisional hasta que se celebre una conferencia o unas elecciones a la dirección para resolver la cuestión de forma democrática. Pero el comité

organizador que se creó para intentar impulsar este proceso barajó varias posibilidades de liderazgo, entre ellas la de Jeremy como líder interino junto con varios adjuntos, y la de Jeremy como colíder junto con Zarah Sultana. La mayoría votó a favor de esta última opción, que es la que yo apoyo. Por supuesto, nadie puede nombrar colíderes a personas que no quieren serlo, por lo que esto depende del consentimiento activo de los interesados. Pero Jeremy y Zarah son claramente complementarios. Su política es la misma. Sus características personales, su planteamiento del proyecto, su forma de intervenir en el Parlamento, las cuestiones que priorizan: están alineados en todos estos frentes. Por lo tanto, este parece ser el enfoque más progresista. En la izquierda solemos decir que no podemos fingir que todavía estamos en 1917, pero tampoco podemos fingir que todavía estamos en 2017. Nadie puede desear racionalmente repetir la experiencia de 2015-2019. Honrar el pasado, afrontar el futuro.

Las recientes informaciones anónimas contra Sultana parecen tremendamente destructivas.

Yo no exageraría su importancia. Son obra de tres o cuatro personas. Ojalá dejaran de hacerlo, pero no disminuirán el enorme entusiasmo por el proyecto y, de acuerdo con mi

información, incluso quienes hasta ahora estaban en bandos opuestos están ahora trabajando juntos: poniendo en marcha la infraestructura financiera, jurídica y organizativa para que la conferencia –y lo que venga después– sea un éxito. Las informaciones no tendrán un gran impacto en la opinión pública, especialmente cuando las figuras más destacadas presentan un frente unido.

Muchos de los ejemplos internacionales que se citan a menudo como modelos para la izquierda británica tienen una aplicabilidad limitada. Las tradiciones relativamente débiles de lucha popular existentes en el Reino Unido sugieren que sería difícil desarrollar algo parecido a los partidos más exitosos de las revoluciones bolivarianas; el sistema parlamentario y el equilibrio de fuerzas político hacen que cualquier alianza electoral de izquierda no funcionaría como funciona La France Insoumise en el Reino Unido, que también carece de la base social para establecer una organización como el Partido Obrero Belga...

Todo el mundo en la izquierda sigue buscando una vía hacia el socialismo, que no sea simplemente elegir una mayoría parlamentaria ni asaltar el Palacio de Invierno. Y, desafortunadamente, tenemos muy pocos ejemplos históricos

de cómo se hace esto: qué combinación de presión de masas, trabajo parlamentario, lucha orgánica y quizá alguna forma de poder coercitivo permite realmente cruzar la línea. El nuevo partido debe abrir un espacio en el que puedan plantearse estas cuestiones, que estaban muy vivas en la década de 1970, pero que desde entonces han desaparecido del radar de la gente.

Afortunadamente, tenemos una gran cantidad de ejemplos negativos que debemos evitar repetir. Con Syriza, asistimos a una explosión política que condujo a la rápida formación de un gobierno liderado por la nueva izquierda, que pronto terminó en la ignominia al capitular ante la UE, reproduciendo los problemas de la socialdemocracia griega clásica en lugar de superarlos. Podemos tenía unas raíces débiles desde el principio; fue descrito como un partido creado en unos cuantos despachos de profesores de la Universidad Complutense. Cuando se convirtió en socio minoritario de un gobierno socialdemócrata, aprendió que, sin bases sociales profundas, realmente no podía ser muy efectivo. En Alemania, la izquierda se dividió en parte por cuestiones culturales, aunque también hubo cuestiones más sustantivas, como la guerra, Palestina y la migración, que separaron a Die Linke de

la BSW. Su división ha disminuido enormemente su influencia política. Así pues, hay varias formas en que los partidos de izquierda europeos han mostrado el camino hacia la ruina: capitulando ante el capital monopolista, fracasando en su intento de arraigarse en la clase trabajadora, fracturándose por cuestiones concretas como la guerra imperialista y la migración.

El Partido de los Trabajadores de Bélgica es interesante. Cuando los conocí, todavía eran seguidores de Mao, pero eso no ha supuesto un obstáculo para su avance. Hay mucho que estudiar sobre cómo consiguen unir las luchas parlamentarias, comunitarias y sindicales. Pero cada uno de estos partidos es un partido *sui generis* y el nuestro también lo será. Y así, entre sus especificidades, quiero recordar que en nuestro protopartido cinco de los seis miembros de su grupo parlamentario inicial son musulmanes, que su propia existencia es producto de movimientos de masas anteriores, que su conexión con los movimientos actuales es fuerte y que se inspira en el liderazgo de Corbyn al frente del Partido Laborista, así que debemos partir de estas características particulares que lo definen.

Recomendamos leer Oliver Eagleton, «Construyendo el partido de la izquierda en el Reino Unido: entrevista a James Schneider (1)», Tom Hazeldine, «El Nuevo Laborismo al timón», *Diario Red/New Left Review*, Perry Anderson, ¿Ukania Perpetua?, *NLR* 125, Goran Therborn, «El futuro y la izquierda», *NLR* 145, y «El mundo y la izquierda», *NLR* 137, Pablo Iglesias, «"Entender Podemos" y "España en la encrucijada"», *NLR* 93. Maurizio Lazzarato, «Los callejones sin salida del pensamiento crítico occidental», *Diario Red*.

Este texto se ha publicado en *Sidecar*, el blog de la *New Left Review*, publicada en Madrid por el Instituto República & Democracia de Podemos y por Traficantes de Sueños.

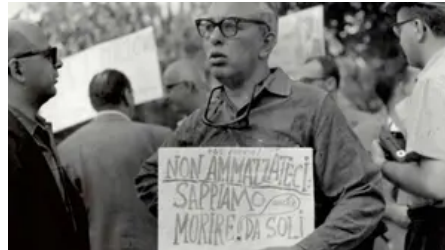


ETIQUETAS: Política, izquierdas, Reino Unido, Jeremy Corbyn

Más en Armas para pensar



Los lanzamientos aéreos de ayuda con comida podrida matan en Gaza a personas hambrientas



Comunismo sin garantías



La International Sociological Association suspende a la Israeli Sociological Society por negarse a condenar el genocidio



Construyendo el partido de la izquierda en el Reino Unido: entrevista a James Schneider (1)



MEDIOS INTERNACIONAL CULTURA OPINIÓN CANAL RED

QUIÉNES SOMOS LEGAL POLÍTICA DE COOKIES POLÍTICA DE PRIVACIDAD

